

Trilogía *La chica invisible* 2

BLUE
JEANS
EL PUZLE
DE CRISTAL

Blue Jeans

El puzle de cristal

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Francisco de Paula Fernández, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2019

Depósito legal: B. 4.315-2019

ISBN: 978-84-08-20569-2

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

CAPÍTULO 1

Martes, 2 de enero de 2018

—¿Seguro que no quieres comer nada?

—Segurísimo.

—Todavía queda algo del asado que sobró ayer. Tu padre se ha comido un buen trozo. ¿Te sirvo un plato con patatas fritas y te lo subo? ¿Quieres?

Julia juguetea con un mechón de su cabello; no se lo ha cortado en los últimos meses, y lo lleva más largo que en los últimos años. Aparta los ojos del portátil y mira fijamente a su madre con cara de pocos amigos antes de regresar al capítulo cuatro de la segunda temporada de *Black Mirror*. Su expresión lo dice todo. Aitana capta a la primera el mensaje de su hija. Chasquea la lengua, aunque no se da por vencida. Se sienta en la cama, a su lado, y reclama su atención dándole unos golpecitos en el brazo. Insistentemente. La chica refunfuña, pero finalmente sucumbe a la cariñosa presión de su madre.

—¿Vas a pasarte todo el día metida en la cama viendo series?

—Estoy de vacaciones. ¿Qué hay de malo en ello?

—Que llevas todas las Navidades así —protesta la mujer al tiempo que la destapa.

—¡No hagas eso! ¡Hace frío!

La joven agarra con fuerza la manta y se vuelve a cubrir. Le da al botón de pausa y, con un gesto, invita a su madre a salir de la habitación. En cambio, Aitana vuelve a la carga.

—Cariño, entiendo que todavía es pronto para...

—Estoy bien, mamá —la interrumpe Julia—. No quiero hablar otra vez de lo mismo. Ya casi ni pienso en lo que pasó.

Miente. Y lo saben tanto ella como su madre. Constantemente le vienen a la cabeza fragmentos de lo que sucedió hace dos semanas en la estación de metro del aeropuerto. Los primeros segundos fueron de confusión. Luego, al darse cuenta de lo que había ocurrido, entró en pánico. Se palpó a sí misma para comprobar que no le faltaba ninguna parte de su cuerpo. Tenía los oídos taponados y le costaba mucho respirar. Además, el humo y el polvo le dificultaban la visión. Fueron instantes dramáticos, imposibles de olvidar.

—Has vivido una situación extrema y traumática, Julia —insiste Aitana, que acaricia el brazo de su hija mientras habla—. Es normal que no te apetezca hacer nada y que te quedes en casa, donde te sientes protegida. Pero la vida continúa, cielo. Y no puedes pasarte el día aquí metida.

—Me queda menos de una semana de vacaciones. Cuando empiecen otra vez las clases, todo volverá a la normalidad.

Normalidad. ¿A quién pretende engañar? Después de los asesinatos de Aurora y de Patri, a manos de dos de sus profesores, nada ha vuelto a ser normal. Ni el final del curso anterior, ni el verano, ni el comienzo de segundo de bachillerato. Y su vida es todavía menos normal desde el diecinueve de diciembre, cuando Marcos Frade Villanueva decidió suicidarse haciendo explotar una bomba a escasos metros de donde estaban ella y sus amigos. Julia solo sufrió cortes y alguna herida superficial. Sin embargo, Emilio se partió una ceja y se hizo un fuerte esguince en el tobillo; incluso le escayolaron

la pierna derecha. Kerstin, la novia de Emi, regresó a Suecia, a la mañana siguiente, con el brazo izquierdo enyesado como consecuencia de una fractura de radio. Y Vanesa... Vanesa fue la que salió peor parada y tuvo que pasar la Nochebuena ingresada en el hospital. Por suerte, hace tres días le dieron el alta y se marchó a su casa, aunque todavía tiene secuelas y dolores por todo el cuerpo. Julia aún no ha ido a verla, aunque han hablado varias veces por el móvil. Se siente culpable de que estuviera allí en un momento tan inoportuno, ya que fue ella quien le pidió que la acompañara al aeropuerto a recibir a Emilio. Así que, si ya se encuentra mal por las circunstancias que le ha tocado vivir, no quiere ni imaginarse cómo estaría si a Vanesa le hubiera pasado algo peor.

—Voy a subirte un poco de asado —sentencia Aitana antes de ponerse de pie—. Quieras o no, debes comer algo.

—Mamá, ya te he dicho que...

—Has perdido por lo menos tres kilos en estas Navidades. ¡Y las Navidades están para ganar peso, no para adelgazar! ¡Y de postre te zamparás una porción de la tarta de manzana que hizo tu abuela Pilar! ¡Entera!

—Pero, mamá...

—Ni peros ni peras. De manzana. ¡La tarta de la abuela es de manzana! ¡La de toda la vida! ¡La que trae todos los años el uno de enero! En quince minutos subo con la comida. ¡Y vas a devorar hasta las migas!

Sin darle oportunidad de réplica a su hija, la mujer sale de la habitación acompañada del impactante taconeo de sus zapatos. Julia se queda embobada observando la puerta. No está acostumbrada a que su madre se muestre tan inflexible con ella. Aunque admite que tiene razón. Desde el día del incidente en el metro, casi no ha probado bocado. Ni en Nochebuena ni en Nochevieja. Tampoco ayer, uno de enero, cuando su abuela Pilar y sus tíos fueron a comer a casa. La

madre de su padre había preparado su tradicional tarta de manzana, que tanto le gusta. Sin embargo, la chica no aceptó darle ni un mordisco al pastel.

¿Hasta cuándo va a sentirse así?

Se tumba en la cama bocarriba, se lleva las dos manos a la nuca y cierra los ojos. Un nuevo *flash* acude a su mente: el momento en que vio a Emilio después de la explosión, tras unos segundos de no comprender absolutamente nada.

Sangra por la nariz y la ceja derecha y no lleva puestas las gafas. Parece muy desorientado. Es ella la que se desliza como puede hasta su amigo y se sienta junto a él.

—¿Estás bien? —Julia lo examina de arriba abajo. Se le hace raro verlo sin sus gafas de pasta.

—No lo sé. Me duele mucho el pie derecho. ¿Qué ha pasado?

—Creo que ha sido una bomba.

A pesar de que Emilio lo sospechaba, escucharlo de la boca de Julia hace que la situación le impresione y le aterre todavía más. Entonces es cuando cae en la cuenta de dónde se encuentra y de qué está haciendo allí.

—¿Y Kerstin? ¡Dios mío! ¿Dónde está Kerstin? —exclama asustado mientras se vuelve hacia un lado y otro para localizar a su chica.

—Es aquella, ¿no? —Julia señala a una joven rubia que está sentada en el suelo y se sujeta el brazo izquierdo con la mano derecha. Pero no es a la única que ve en aquel caos de escombros, polvo y humo—. ¡Vane! ¡No! —grita despavorida al localizar a su amiga: está tumbada en el suelo de la estación.

Julia se levanta del suelo rauda, apoyándose con dolor en las palmas de las manos para incorporarse, y camina encor-

vada hacia ella. Está a unos diez o doce metros. Vanesa no se mueve y tiene sangre por todas partes, pero respira. Por suerte respira.

El sonido de una llamada de Skype provoca que Julia regrese a la realidad. Son las dos y media de la tarde de aquel dos de enero. Es Emilio.

La chica se sienta en el colchón y sitúa el portátil sobre las piernas. Se peina un poco con las manos y acepta la videoconferencia. En la ventana aparece la imagen del chico con el pelo tintado de azul. Lleva puestas sus nuevas gafas de montura roja.

—Hola, Emi —lo saluda tímidamente Julia, que dibuja una tibia sonrisa. Enseguida descubre que su amigo está preocupado. Y cree conocer el motivo.

—Hola.

—¿Va todo bien?

—No. Va todo mal —se queja Emilio, que se ajusta las gafas en un gesto que denota nerviosismo—. He discutido con Kerstin.

A Julia está a punto de escapársele que no es la primera vez, ni la segunda, y que terminará arreglándolo como en las otras ocasiones. De cada dos conversaciones que han mantenido durante las Navidades, una ha sido para hablar de los conflictos entre el chico y su pareja sueca.

—¿Por qué habéis discutido esta vez?

—Porque le he dicho que no tengo ganas de hacer un trabajo de clase. —Emilio se cruza de brazos—. Es por parejas. Tenemos que entregarlo en unos días, pero soy incapaz de ponerme delante del ordenador a pensar en ese estúpido trabajo.

—Normal.

—Pues ella no lo entiende. ¿Te lo puedes creer? A pesar de que también estaba allí, es incapaz de comprender que no tengo el cuerpo para hacer trabajos. ¿Por qué los escandinavos son tan fríos?

Emilio se toma diez minutos para explicarle a Julia la situación. La chica escucha a medias. Realmente, no le interesan los problemas entre su amigo y su novia. Se limita a asentir y a hacer alguna que otra pregunta intrascendente para que no parezca que ha desconectado del todo. Pero está deseando que acabe de soltarle aquel rollo. Con disimulo, observa el reloj del ordenador. Su madre tiene que estar a punto de subir con la comida. Eso le servirá de excusa para abandonar aquella insípida conversación.

Mientras Emi sigue hablando, Julia se pregunta a sí misma cuánto durarán la desidia y la apatía que la han poseído en las últimas dos semanas. Las palabras de su amigo no le importan. Incluso le fastidia que le cuente sus encontronazos con Kerstin. Si no lo interrumpe y lo manda a paseo es porque todavía sigue siendo amable y entiende que lo que le ocurre es más por ella que por él.

¿Y si la antigua Julia no regresa jamás?

Ayer, su abuela Pilar habló con ella sobre el asunto. La madre de su padre es una mujer sabia. Todos dicen que se parecen y que ha heredado de aquella septuagenaria su inteligencia y la capacidad para darse cuenta de las cosas antes que nadie.

—Aunque no vas a olvidar nunca lo sucedido, tu mente lo irá asumiendo y conseguirás vivir con ello. Solo es cuestión de tiempo.

—No sé, abuela. Me siento muy rara.

—No han pasado ni dos semanas, querida. ¿Por qué no te vienes unos días a mi casa a descansar y a pensar en otras cosas?

—No te preocupes, abuela. Estoy bien aquí.

—Ambas sabemos que eso no es verdad. No hago milagros, pero puedo ayudarte a que te encuentres mejor.

La proposición de su abuela quedó en un «gracias, me lo pensaré» de Julia y una sonrisa. Una de las pocas sonrisas sinceras que ha esbozado desde la explosión en la estación de metro.

—Oye, ¿me estás escuchando?

La chica mira la pantalla de su portátil. Emilio ha acercado la cara a la cámara y parece molesto.

—Perdona, se me ha ido el santo al cielo. ¿Qué decías?

—Da igual. ¿Cuándo vas a venir a verme? Me aburro en casa. Mi madre está más pesada que de costumbre.

—Hoy no puedo. Esta semana a lo mejor me paso un día. ¿Cuándo te quitan la escayola?

—Pasado mañana. ¡Tengo unas ganas!

En ese instante, suena el móvil de Julia. La chica examina la pantalla rápidamente y descubre que no tiene apuntado ese número entre sus contactos. Duda entre responder o no. En los últimos catorce días, varios periodistas se han puesto en contacto con ella. ¿Cómo conseguirán su teléfono? No le apetece hablar con la prensa. Aunque es posible que no sea ningún medio. En cualquier caso, su madre aparecerá de un momento a otro y no tiene ganas de charlar con nadie. Así que opta por dejar que la llamada se pierda.

—¿Quién era? —pregunta Emilio, incapaz de ocultar su curiosidad.

—Ni idea.

—¿Periodistas?

—Probablemente —responde Julia con poco entusiasmo—. Emi, me voy a comer. Luego hablamos.

—Vale. Y anímate y ven a visitarme.

La chica asiente con la cabeza, aunque sabe que no va a

hacerlo. Por lo menos, no hoy. Ni tampoco cree que vaya a ir al día siguiente. No entiende la razón, pero algo se ha apagado en su relación con Emilio. Aunque sigue siendo alguien especial para ella, no es como antes.

—¡Julia! ¡Ábreme! —se escucha al otro lado de la puerta de su habitación—. ¡Te traigo la comida!

Resignada, la joven se frota los ojos con ambas manos y se incorpora. Aitana ha cumplido su palabra: quince minutos exactos ha tardado en regresar. Le abre para dejar que entre en el cuarto. Su madre sujeta a duras penas una bandeja en la que no cabría ni un alfiler. Al prometido asado con patatas panaderas y la porción de tarta de manzana de su abuela, ha sumado un plato con media docena de croquetas y otra media de empanadillas, una barrita entera de pan, un plátano y una lata de Coca-Cola.

—Mamá, te has pasado. ¡Es demasiado!

—Para nada —dice la mujer, que coloca la bandeja encima del escritorio—. Tienes que alimentarte bien. Así que no quiero que sobre nada. ¡Nada!

Julia está a punto de quejarse otra vez, cuando su teléfono suena de nuevo. Comprueba que el número que aparece en la pantalla es el mismo de antes.

—¿No vas a responder? —le pregunta extrañada su madre.

—Seguramente será un periodista.

—¿Otra vez? ¡Es indignante! ¡Además eres menor de edad! Deja que conteste yo.

La mujer le arrebató el móvil a su hija, que no opone resistencia, y pulsa el botón verde para responder.

—¿Sí? ¿Quién es? —Aitana oye la voz de un joven al otro lado de la línea. Escucha atentamente lo que le dice, después mira a su hija y termina devolviéndole el teléfono—. Dice que se llama Hugo. No es periodista. Es... amigo de Iván Pardo. Necesita hablar contigo.